

Millones de hombres tienen en su memoria una imagen, una palabra, algún recuerdo de ese día feliz y aciago de 1492 que modificó una parte de la historia del mundo. La mía es una lámina de la revista *Biliken* de la Argentina, un olor decente de cuadernos, la voz monótona de la maestra que relataba el Descubrimiento de América. Cada chico, distraído o absorto, modificaba a su manera las secuencias del relato. Los más fantasiosos lo transformaban en un cuento de Salgari; los buenos alumnos en la tediosa enumeración de fechas; los indiferentes en una fatalidad que había ocurrido y que poco o nada tenía que ver con sus vidas. Recuerdo, como si fuera ayer, la lámina de *Biliken* en el pizarrón, el bote que el agua mansa arrastra hasta la orilla y a Cristóbal Colón arrodillado en la playa con un gesto patético, operístico, una mano sosteniendo el sombrero; la otra con la espada de los vencedores. Una imagen falsa, sin duda, que en la memoria está asociada a una fecha: 12 de octubre y a dos palabras que entonces (y hoy) me parecían bellísimas: Nuevo Mundo. Mucho más tarde, a leer a Pedro Mártir de Anglería (1457-1526) creí reencontrar la invención infantil en la invención geográfica-política-literaria del primer cronista de América. Menos belicosa que la historia del Navegante, menos gloriosa tal vez, la de Pedro Mártir pertenece al mundo de la literatura, o a lo que antes con extrema generosidad se llamaba el mundo de las ideas. Una obra: *Décadas del Nuevo Mundo*, escrita a lo largo de treinta años por Pedro Mártir de Anglería, da fe de esta invención, este pensar el Nuevo Mundo por un hombre afecto a la filosofía y a las letras, que transitó los textos con la misma pasión, la misma audacia, con que los navegantes transitaron el mar. Esta obra, escrita en forma de cartas, es una larga reflexión acerca de este Nuevo Mundo que hoy es el nuestro, pero que en tiempos de Pedro Mártir era algo tan remoto como las islas de las mitologías, los territorios del normando y el griego. *Las Décadas del Nuevo Mundo* tienen como lejano origen una carta que Pedro Mártir de Anglería dirige al conde Juan Barromeo el 14 de mayo de 1493 donde le informa que "hace pocos días volví de las antípodas occidentales, cierto Colón de Liguria. Ha regresado trayendo como pruebas muchas cosas preciosas, pero principalmente oro que, naturalmente, se produce en aquellas regiones". Como se ve, al comienzo, Pedro Mártir como tantos otros europeos y de acuerdo a su código cultural, da más importancia al

producto obtenido (oro) que a ese "cierto Colón". Sin embargo, a finales de 1494, a un año de su apresurado comentario y a dos de ese 12 de octubre que la lámina escolar trae a la memoria, Pedro Mártir de Anglería, decide profundizar ese hecho. Como el escritor frente a la vaga intuición de su texto, como el investigador ante una hipótesis difícil de probar, Pedro Mártir deja de lado todas sus otras preocupaciones de humanista, sus intrigas y placeres cortesanos, para iniciar un trabajo de treinta y dos años de duración (su tiempo físico en la indagación del Tiempo, su desafío con el cálculo y probabilidad del Nuevo Mundo) y comienza una exploración en el campo de las ideas paralela a esa otra exploración de Colón que modificaría no sólo el mapa geográfico de un universo conocido sino las relaciones políticas, económicas, sociales, entre el universo conocido y el universo a conocer. Así, Pedro Mártir se transforma en el primer cronista, contemporáneo a Colón, que toma los datos del Navegante (su experiencia personal, al fin) para interpretarlos por decir así, con un mayor nivel de abstracción, a veces sin tomar en cuenta las conclusiones de Colón, y otras refutando al mismo Almirante. Como diría mi amigo Raúl Rangel, Pedro Mártir de Anglería no sacralizaba el hecho consumado. Esta sola actitud tal vez merezca el elogio. También el carácter dialéctico de su refutación, que pone en duda las observaciones del viajero pero que deja un margen para retomar (si fuera necesario) el punto de vista de su oponente. Como se recordará, Colón creía que había llegado al litoral Indico y pasó toda su vida empeñado en esta teoría. Su pensamiento pragmático (que correspondía históricamente a la sociedad a la que el navegante servía) no podía admitir una variable que, al profundizarse negara no sólo sus conocimientos sino la misma aventura de la que había sido protagonista. Pedro Mártir no refuta en su totalidad al pensamiento de Colón, admite, incluso, que sus conclusiones pueden ser ciertas, pero esboza a la vez una teoría más vasta, más fantástica en apariencia y (para su tiempo) menos probable: sin decir que Colón había descubierto el nuevo continente, Pedro Mártir atisba la posibilidad de que las nuevas tierras nada tienen que ver con la India y el Oriente, sino que son algo así como un Nuevo Mundo. Al escribir estas dos palabras, al dar legitimidad desde la escritura a esa intuición, comienza quizá a visualizarse una zona ambigua (entre la Literatura y la Historia) que otros recorren en los primeros tiempos del descubrimiento y la